

REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

El Ermitaño.



(CONTINUACION.)

Costeando así la falda del monte llegamos por fin á otra especie de valle pequeño todo cubierto de yerba y dominado por grandes alturas, el cual me pareció uno de los mejores puntos de vista de Sierra-Morena. En medio de él hay una fuente toscamente construida, y desde allí forma el camino un recodo que conduce á poco que se anda á la entrada de las ermitas.—Llegamos en efecto, y difícilmente podría explicar la sensación que me causó su vista. Un espacioso recinto rodeado enteramente de una pared ó cercado, que vá formando todas las sinuosidades de aquel terreno escabroso, encierra como aislados del resto del mundo á los solitarios habitantes del santuario. Desde que se llega á la entrada única, cerrada por una gran puerta, se advierte un recojimieto, una especie de religioso silencio que parece que realmente se escucha. Alvarez se apeó del caballo, y yo á imitación suya hice lo mismo; tocó una campana, y á pocos momentos oímos la voz del portero que nos contestaba diciendo: *Ave María*. Mi amigo contestó á la salutación piadosa y manifestó que deseábamos entrar.—¿Traen ustedes licencia?—No la traemos, hermano, repuso Lopez, y á esta contestación siguió otra vez el mas profundo silencio. ¿Pues cómo, pregunté yo, hemos olvidado pedir permiso á quien corresponda, si es indispensable este requisito?—No le necesitamos nosotros, me dijo Lopez; las mugeres son las que no pueden penetrar en esta soledad sin licencia del obispo, y la pregunta del ermitaño solo se dirigia á averiguar si traemos en nuestra compañía personas del otro sexo.—Pues siendo así, repliqué yo, ¿como es que no nos ha abierto?—Porque no puede hacerlo sin permiso del superior.

Entre tanto que volvia el portero yo estaba reflexionando sobre la estraña condicion de los hom-

bres que se dedican al estado religioso. La preocupacion que es regularmente el principal defecto de los hombres que se tienen por despreocupados, confundiendo en mi imaginacion la verdad con el horror, me hacia anticiparme á mirar con lástima, y no con desprecio, á los solitarios habitantes de aquel apartado retiro: sin embargo, una voz de mi corazon me decia al mismo tiempo que no seria yo capaz de renunciar como ellos al comercio del mundo ni aun por motivos de austera filosofia. Alzando entonces la vista reparé en una pequeña efigie que sobre la puerta estaba, y conociendo que representaba á San Pablo, no pude menos de advertir cierta especie de heroismo en aquel primer solitario del mundo que sepultó por muchos años su existencia en los vastos desiertos del Africa.

De estas meditaciones me sacó el ruido de la llave y el crujir de la puerta, que volviéndose sobre sus goznes, presentó á nuestra vista un hombre de aspecto venerable, vestido de un hábito pardo y con la barba hasta el pecho. Llegóse á nosotros con aire de naturalidad y jovial franqueza, y saludándonos en pocas palabras, tomó del diestro nuestros caballos, indicándonos que siguiéramos por el camino que conduce á la hospedería.

Así lo hicimos en efecto, y yo no me cansaba de admirar la nueva escena que tenia delante de los ojos. El camino, á cuyas orillas crecen algunos cipreses, atraviesa por el medio del recinto hasta la ermita principal, á la cual está unida la iglesia, la hospedería, y el cementerio. El terreno presenta por todas partes el aspecto de un esmerado cultivo; la mayor parte está plantado de viñas y olivos, y no faltan las verduras y legumbres que bastan para el escaso y grosero sustento de los solitarios. *El hermano mayor*, prelado de la congregacion, nos recibió con el mayor agasajo, y en la cortesía de sus razones y finura de sus modales se echaba de ver que era persona de calidad. El mismo nos condujo á ver la iglesia, que mas bien merece el nombre de capilla, y se hallaba adornada con tal sencillez, lim-

pieza y esmero que escede á toda ponderacion. Después nos hizo servir en el comedor de la hospedería un frugal y gustoso almuerzo, y excusándose por no podernos acompañar mas tiempo, nos suplicó que dilatásemos para la tarde el ver el interior de las ermitas, y nos divirtiésemos entre tanto en recorrer la posesion hasta la hora de comer.

Condeseendimos gustosos, y Lopez que ya otras veces habia estado en aquellos sitios, me llevó á recorrer los puntos mas notables. Las ermitas ó celdillas de los solitarios estan á gran distancia una de otra, y aisladas enteramente por una pared ó cerca alta que impide ver lo que pasa dentro. Algunas se hallan situadas entre peñascos y espuestas á la violencia de los vientos y á todo el rigor de las estaciones. Cada ermitaño habita una de estas celdas, y solo sale de ella á las horas del dia ó de la noche en que la campana de la iglesia le llama á hacer oracion; y si ésta es privada, cada cual responde á la señal tocando una campanita pequeña, como para hacer ver su vigilancia y obediencia. El sonido de estas campanas, que se hacen oír á tan desiguales distancias, tiene un no sé qué de patético é interesante mas fácil de sentir que de explicar.

A la una de la tarde volvimos á la hospedería donde hallamos ya preparada nuestra sencilla mesa. Dos platos de pescado, una tortilla y algunas frutas fué la comida que se nos sirvió, opípara y regalada al lado del desazonado potage de lentejas que habiamos visto conducir á cada ermita, introduciendo los platos por una ventanilla ó torno. Acabado que hubimos de comer, el hermano mayor vino á convidarnos para ver las ermitas: y en efecto, nos dirigimos á una de las mas inmediatas, cuya puerta se abrió á la voz del prelado. El interior de aquella estrecha habitacion se reducía á una piececita con una ventana: delante de ésta un larquillo y una mesa con algunos libros devotos; las paredes estaban adornadas con estampas de Santos, oraciones impresas y algunos instrumentos de carpintería. Dentro de este cuarto habia otros dos mas pequeños: el uno era una cocinita y el otro la alcoba del solitario, cuya cama consistia en una desnuda tarima y un pedazo de corcho para reclinar la cabeza. Comparando la austeridad de semejante vida con el regalo y molición que reina en las ciudades populosas, no pude menos de convencerme de que se necesita para sujetarse á ella una firmeza y resolucion que no cabe en espíritus vulgares.

Salimos de allí admirados del buen orden, del aseó y primor con que conservaba su pequeño ajuar el ermitaño, en cuyo semblante, asi como en las pocas palabras con que satisfizo á nuestras preguntas, permitiéndolo el superior, brillaba una tranquilidad y alegría que nada tenia de afectada.

—Todas las demas son iguales, nos dijo el prelado, pero si ustedes quieren ver alguna otra, iremos á la del hermano Federico. Mi amigo y yo admitimos con gusto esta oferta, y el buen ermitaño, de cuya finura y atencion me habia yo prendado, nos fué refiriendo por el camino algunas particularidades acerca del hermano Federico. Diez años hace que llegó aqui, y desde entonces no ha des-

mentido la bondad y dulzura de su carácter: todos le queremos en extremo, y aunque á los dos meses de su llegada cayó peligrosamente enfermo, después se ha restablecido y recobrado toda la gentileza de su gallarda presencia, y la gracia de su semblante aunque sombreado por una melancolía profunda que en vano se esfuerza á disimular. Los pocos dias del año que nuestro instituto nos permite pasar reunidos y conversar, todos los hermanos le cercan y estan pendientes de sus discursos llenos de gracia y de erudicion.

(Se continuará.)

DOLORA.



UNA LECCION DE AMOR.

A mi amigo D. Ignacio Garcia Ab. de Lovera.

Dame el brazo, que perdido
y hecho todo una jalea,
tras esa falda que ondea
me arrastra ciego el amor.
Descúbrete.—No.—Coqueta....!
—Si me quito la careta!....
—Pues deja la quite.—No,
—Que tengo mucho raber.

Bien jurára que escondido
llevas tu blondo cabello,
porque lindo....—Si, muy bello:
Cada rizo es un primor.
—¡Ah! ¿Y los ojos?—Centellantes.
—El disfraz quita cuanto antes,
ó yo te lo arranco.—No,
Que soy delicada flor.

Pues no ha de ser, bella ingrata,
que impunemente te mofes,
cuando echando estoy los bofes
por ver tu rostro, mi amor.
—Si soy fea.—No te rias.
—Y vieja.—¡Cuanto porfias,
dame la máscara.—No,
Que guardo mucho mi honor.

¡Oh! sobrado se recata
tu hermosura.—Soy doncella.
—Quita esa máscara, bella,
—Pues mirame bien.—¡Qué horror!
¡Vieja con lazos y plumas!
¡Ay que miedo! tu me abrumas,
malo estoy, á Dios.—¡Ah! No,
Que siento cual tu el amor.

Me digiste que perdido
y hecho todo una jalea,
tras esta falda que ondea
te arrastraba ciego amor,
me llamaste, si, coqueta
por no quitar la careta.
—Pues deja la ponga.—No,

Que tengo mucho rubor.

Juraste que yo escondido
llevaba el blondo cabello,
porque lindo...—Si, muy bello,
cada rizo es un primor.
—Que mis ojos.—Centellantes.
—Y el disfraz decias antes....
—Que era del demonio.—No,
que soy delicada flor.

Pues no ha de ser, bello ingrato,
que impunemente te mofes.
—Estoy hechando los bofes.
—Y yo muriendo de amor.
—Si eres fea.—No te rias.
—Y vieja.—Cuanto porfias,
Si has de ser mi amante.—No,
Que guardo mucho mi honor.

Vieja, tu decir me mata,
¿quien eres, di?—Soy Duquesa....
—En tus redes está presa
mi voluntad y....—*¡Qué horror!*
Niño, no tanto presumas
¡Ay que miedo! tu me abrumas,
Y en cuenta por si, ó por no,
en esta leccion de amor.

Córdoba y Enero 8 de 1845.

M. SORIANO FUERTES.

A la torre de la Catedral de Córdoba.

RECUERDOS DESDE SEVILLA.

*Jamás te olvidaré, jamás, tan solo
Trocara tu esplendor sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu escelsa cumbre
La benéfica llama,
Por la llama y los fulgi los destellos
Que lanza, reflejando al sol naciente
El arcangel dorado que corona
De Córdoba la torre.*

DUQUE DE RIVAS: AL FARO DE MALTA.

¡Cuantos grandes recuerdos, oh torre gigantesta,
de tiempos que pasaron conserva el corazon,
del suelo donde imperas alzándote orgullosa,
brindando siempre amparo, brindando proteccion!
Con ese hermoso Arcangel que ostentas en tu altura
¿quien teme los desastres del rayo destructor,
los hórridos embates y eléctricas corrientes
quien teme, torre escelsa, del viento bramador?

Tu te alzas majestosa, coloso cordubense,
y miras á tus plantas inmensa una Ciudad,
y en esos caracteres que ostentas con orgullo
recuerdas otros tiempos, recuerdas otra edad.

Los vientos se deshacen, y pliéganse violentos,
si en su impotente furia te intentan agitar,
cual olas que bramando se estrellan en las rocas,
y rujen iracundas en medio de la mar.

Perenne en tus cimientos, parece que los ángeles
sostienen en sus hombros tu masa colosal,

ni mármoles ni broncees tan firme te tubieran...
en esos tus cimientos hay algo celestial!

Tan alta, torre, elevas tu altiva frente hidalga,
que la haces que penetre del cielo en la mansion,
y á el mundo le parece te tiene suspendida
la mano omnipotente del Dios de la creacion.

Perenne centinela, tu velas incesante
por ese hermoso pueblo que bulle á tu alrededor,
y gritas mientras duermen brindándoles tu amparo:
»dormid, hijos del Betis, en brazos del amor.

»Mañana cuando mire al sol rey de los astros
desde mi altura inmensa brillante despuntar,
mis campanas sonoras agitaré en los vientos
é irán á vuestros lechos sus voces á llamar.

»Yo soy el centinela que guarda este recinto,
orgullo de cien siglos, la hermosa Catedral,
los cánticos é inciensos que elevanse en su seno
ascienden por mi rápidos al trono celestial.

»En glorias y en recuerdos soy grande cual ninguna,
gigante corpulento me miro por do quier,
los reyes y los grandes lamiendo van mis plantas,
y tiemblan á mi vista temiendo mi poder.

»Me elevo junto al Betis, pensiles deliciosos,
magníficos palacios, contemplo desde aqui,
y mil y mil hermosas sus ojos de azabache
temblando pavorosas elevan hasta mi.

»Si huestes enemigas marchando con cautela
los hijos de mi patria pretenden sorprender,
agito mis campanas, la atmósfera asordando,
y escito de mis hijos la fuerza y el poder.

»Mil años resbalando pasaron por mi frente,
y en vano pretendieron mi frente combatir,
que el tiempo no devora las obras eternas,
ni puede mis cimientos el tiempo destruir.»

.

Es cierto, hermosa torre, resistes con bravura
la ley del mundo entero, la ley de destruccion;
por eso yo en tus glorias mis cánticos elevo,
por eso te consagro mi ardiente inspiracion.

.

En mi niñez hermosa vagué por tu recinto,
las voces que á ti suben gustábame escuchar,
y sentí, cuando via desde tu altura un pueblo,
mi corazon sencillo de miedo palpitar.

Despues, ya siendo jóven, subí por tus escalas
lleno de amor y vida mi amante corazon,
oyendo de una hermosa palabras de consuelo,
bebiendo en sus miradas ardiente inspiracion.

En ti fué do elevamos mil tiernos juramentos,
que en alas de tu Arcangel subieron hasta Dios,
llenos los corazones de amores y esperanza,
en ti fué do escribimos los nombres de los dos.

Y aquellos caracteres grabados en tu frente
eternos cual tu obra magnífica serán,
porque ellos son los nombres de dos tiernos amantes
que amores que juraron jamás olvidarán.

Y cuando el mundo diga que pasan los amores
cual pasa la hermosura de la fragante flor,
di tu que esos dos nombres grabados en tu seno
son una prueba eterna de nuestro eterno amor.

Y á los siglos que vengan en pos de nuestro siglo
»aquí hubo dos amantes» los nombres le dirán
»que fieles en el mundo constantes se adoraron
y en el empireo cielo tambien se adorarán.»

Escala por do ascienden las almas de los justos,
del trono del eterno magnífico escabel,

tu imperas en mi Patria, por eso en este instante recuerdos de ventura me asaltan en tropel.

Mas ¡ay! que de tí ausente mirarte no me es dado, aunque por verte diera mi vida en galardón, mas ya que no te miro, puntal del firmamento, recibe estos recuerdos que guarda el corazón.

¡Cuan grande siempre fuistes, admiración del orbe! mi corazón te mira y escucho su latir, que en tí contempla el hombre los tiempos que pasaron, y admira entusiasmado tu inmenso porvenir.

¡Ay! yo también, oh torre, que glorias ambiciono y del genio pretendo la corona eternal, vivir cual tu quisiera millones de cien siglos, y conquistar con glorias el nombre de inmortal.

Sevilla 5 de Diciembre de 1844.

I. GARCIA A. DE L.

REVISTA TEATRAL.

Dos son las novedades teatrales que hemos tenido en la anterior semana. *La infanta Galiana* es una, drama original de D. Tomás Rodríguez Rubí, y *la Redoma encantada* es la otra, original de D. Juan Eugenio Harzembusch.

La celebridad que justamente ha adquirido el Sr. Rubí hacia esperar muchas bellezas en el drama de que hemos hecho mención, pero, á decir verdad, no parece que es obra de la misma pluma que ha escrito *la Rueda de la fortuna*, y *los dos Validos*. Su argumento y sus situaciones son triviales, ofreciendo por consiguiente poco interés. En sus caracteres tampoco hay un rasgo que revele el genio del que lo ha delineado. Es en fin uno de esos dramas que escriben los poetas Madrileños cuando se acuerdan á última hora del compromiso que tienen con el empresario. La versificación es lo único que merece nuestros elogios. En la ejecución de un drama de esta especie poco hay que hablar de la habilidad de los actores. El Sr. Benot dijo bien los versos de su papel, que era el mas interesante; pero le aconsejamos que cargue menos la pronunciación de algunas letras, particularmente las *ss* y *ll* porque hace á veces dura la recitación; dureza que choca mas en Andalucía donde mas bien se peca por una dulzura de pronunciación estremada.

La Redoma encantada, como todas las comedias de *magia*, forma su argumento sobre un tejido de inverosimilitudes disparatadas. Su mérito consiste en las sales de los diálogos y en la maquinaria y *peripicias*. El Sr. Harzembusch no ha dejado de estar feliz en esta parte. Además ha ingerido ciertas alusiones picantes, que á veces dan vida á esta clase de producciones. Tiene sin embargo muchas escenas que solo con una ejecución singular, que no puede cesarse en Córdoba, dejarían de parecer pesadas.

La versificación es lindísima, particularmente la que hay en lenguaje antiguo: en las decoraciones y en la maquinaria y aparato encontramos cosas buenas y malas. El vuelo de las brujas figuradas estas en carton es de mal efecto. Debieron ser de bulto. La transformación de Garavito, la primera noche de eje-

cución que fue la que vimos esta comedia, estuvo en extremo torpe; así como nos gustó mucho la aparición del Marqués de Villena tras la nube de vapores.

La decoración de tejado en nuestra pobre opinión tiene poco mérito su perspectiva, porque no se ve otra cosa que un plano y no el vuelo de un tejado. La de infierno á nuestro parecer tiene las tintas de fuego tan cortadas, que carecen de verdad porque aunque figura que está en peñascos cortados, el reflejo debia notarse mas en todas sus partes. Las demas decoraciones nos parecieron muy bien.

Y la empresa merece nuestros sinceros elogios por los sacrificios que ha hecho para presentar al público, lo mejor que ha estado á su alcance, una comedia de este género que tantos costos ocasiona.

J. V.

Á ELENA DESDEÑOSA.



SONETO.

No tubiera yo amor si al pecho mio
Tanto amargo desden no conmoviera:
No tendria pasion si no sintiera
Por mis venas correr dolor impio.
Mi mente llena de pensar umbrio
No duda, que el dudar mi muerte fuera,
Pero ¡ay! recuerda la tenaz quimera
Que sirvió de pretesto á tu desvio,
¿Por que tanto rigor, Elena mia,
Usas á mi pesar con tus enojos
Quitando al alma toda su alegria?
¿Que no te adoro yo? falsos antojos,
Cuando contemplo en tí la luz del dia
Y eres encanto de mis tristes ojos.

JUAN BRUNENQUE.

CHARADA.



Con la mitad de mi nombre
Soy una gran dignidad,
Y con la otra mitad
Convertido lioró un hombre:
Es mi centro, aunque te asombre,
Satisfacción de acreedores,
Tambien entre los actores
Mis extremos papel hacen,
Y su lujo satisfacen
Conmigo muchos señores.

SUERO DE QUIÑONES.

Recomendamos á nuestros suscritores el periódico que publica la Sociedad literaria Sevillana, titulado *el Duende*; y el que verá la luz pública en esta capital desde 1.º de Febrero próximo, titulado *El Coco*.

Córdoba: Establecimiento tipográfico de García y Manté, calle de la Librería, núm. 2.